

La salud es
un derecho fundamental de la vida:
Jesús Kumate

LUZ GARCÍA MARTÍNEZ

A su esposa Bertha Guerra,
con mi admiración

Jesús Kumate Rodríguez de origen mexicano y japonés; su apellido Kumate significa “mano de oso”. Nació en el puerto de Mazatlán, Sinaloa, el 12 de noviembre de 1924. Hijo de Shigehei Kumate Kumate, originario de Fukuoka, Japón y de Josefina Rodríguez Velarde, de México; su infancia correspondió a la de un niño de la clase media baja, que vivió en un Estado dedicado fundamentalmente a la actividad agrícola.

Es un ser sumamente sensible, de voz pausada y una mirada que proyecta nostalgia y melancolía. Recuerda que si bien su padre le contaba historias del Japón y le regaló una espada de samurai que simboliza el honor y la lealtad, valores para él imprescindibles, “por lo cual prometo que la Medalla Belisario Domínguez la llevaré con honor y dignidad”, no tiene una gran cultura japonesa.

“Mi padre no nos enseñó a hablar japonés ni le dio tiempo, y yo no lo he tratado de estudiar porque hay que practicarlo, hay que memorizar 4 mil jeroglíficos y me da pena decirlo, pero conozco más de Francia que del mismo Japón. Recuerdo que en 1991, el gobierno japonés invitó a varios latinoamericanos descendientes de japoneses y yo fui por parte de México, pero me sentí muy apenado cuando el Emperador nos recibió y yo le hablé en español.”

Su madre fue maestra rural y al casarse se dedicó a las labores del hogar y si bien, su padre murió cuando él sólo tenía doce años, vivió una infancia feliz. “Tuve una familia bien constituida en el sentido de que mis padres eran una pareja unida,

pendiente de la educación de mi hermano y mía y especialmente de que comiéramos bien. Es decir, mis padres tenían ideas muy claras de que la educación y la alimentación en la infancia son fundamentales.”

El pasado 10 de octubre, el doctor Jesús Kumate recibió la medalla Belisario Domínguez que otorga el Senado de la República desde hace 52 años y conmemora el asesinato del ilustre senador chiapaneco y médico don Belisario Domínguez, ocurrido el 7 de octubre de 1913, por órdenes del entonces Presidente, Victoriano Huerta, quien se incomodó ante la crítica constante del parlamentario.

Este reconocimiento se otorga a quienes se distinguen por su ciencia o su virtud en grado eminente como servidores de la Patria o de la humanidad y la han recibido entre otros, Gerardo Murillo, Isidro Fabela, Jaime Torres Bodet, Juan de Dios Bátiz Paredes, Rufino Tamayo, Andrés Henestrosa, Jaime Sabines, Miguel León Portilla y Luis González y González.

Con casi 60 años de trabajo dedicado a la medicina, Jesús Kumate, experto en infectología pediátrica, es amante de la música clásica, de la poesía de Amado Nervo y Rubén Darío y tiene una gran pasión por la historia del arte, cuando viaja al extranjero le gusta visitar recintos culturales, porque “me produce un gran placer estético apreciar pinturas, esculturas antiguas o modernas bien realizadas”. Es autor de 367 obras especializadas y 20 libros sobre salud pública como Investigación Clínica: cienicienta y ave fénix, 1996; Salud para todos, ¿Utopía o realidad?, 1989 y Los niños de México (1943–2003), 2004.

Ha sido presidente de la Academia Nacional de Medicina, Director General del Hospital Infantil de México y “tuve la fortuna de ser elegido Miembro de El Colegio Nacional en 1974 y tengo una obligación docente de divulgar la cultura en mi campo, por eso escribo libros continuamente.”

Profesor desde hace 20 años de la Facultad de Medicina de la UNAM y Presidente de la Fundación IMSS, toda su vida ha sido médico de niños y considera que la sociedad es la responsable del cuidado de la niñez mexicana. Fue el principal impulsor del programa de vacunación en la década de los 80 y de la erradicación del cólera en México; también impulsó proyectos sanitarios de trascendencia como la modernización de la vigilancia epidemiológica cuando fungió como Secretario de Salud en el sexenio 1988–1994. En 1998, encon-

tró en la Biblioteca Nacional de México, el primer libro de Pediatría en el mundo, escrito en latín y publicado en 1472, “algo que llaman en literatura un incunable”, que ha sido editado por el doctor.

En el libro *Investigación Clínica: cienicienta y ave fénix*, Jesús Kumate subraya: “En todos los seres vivientes la enfermedad constituye el evento desequilibrante más importante. La pérdida de la salud es –en la vida ordinaria– la mayor desgracia. Los humanos condicionamos nuestras posibilidades de bienestar al estado de salud.” Y es el concepto de salud, sobre el que fundamentalmente ha trabajado durante más de 66 años y para quien sus momentos más plenos han sido “cuando he curado a un niño”, por lo cual considera que es necesario una mayor atención a la niñez, ya que si bien antes había desnutrición en los niños, ahora tienen problemas de malnutrición, sobrepeso y obesidad.

Durante su discurso en la tribuna del Senado, Jesús Kumate portando la medalla Belisario Domínguez con gran orgullo y serenidad, y de la cual ha dicho “no es un premio académico ni al mérito académico, es sobre todo una distinción que me llega al alma”, habló sobre sus experiencias en el ejercicio de la pediatría y cuestionó la realidad social de México en el presente: “¿Qué puede impedir que los legisladores aquí presentes, elegidos por el pueblo de México, acordaran una política de Estado dirigida a poner el interés de los niños en primer lugar? Los niños de México y de todo el mundo han recibido siempre menos atención a su salud y bienestar que los adultos. Es hasta hace 30 años que han tenido una mejor consideración, resultado de los programas de la Organización Mundial de la Salud, Salud para Todos en el año 2000, la Primera Cumbre Mundial a favor de la Infancia y la agenda infantil para cumplir con sus compromisos del milenio el año 2015.”

Destacó que los niños mexicanos ya no mueren por sarampión desde 1995, y en este año, no ha habido reportes de este tipo de casos ni de tétanos de recién nacidos, ni de rabia; pero, subrayó que para: “Salvar anualmente a más de 5 mil recién nacidos de morir asfixiados, se necesita un presupuesto que es menor al que se ha autorizado aquí, para el rescate cañero y el rescate de las carreteras y sería una migaja comparado con el rescate autorizado para los bancos en 1995.”

Hizo notable referencia a los niños de la calle. “Nos hemos acostumbrado a ellos. Los aceptamos como si fueran

algo inevitable, qué le vamos a hacer, así es la vida. Los vemos sin mirarlos. Para fines prácticos no existen, son invisibles. No parecen niños porque no sonríen, están desaliñados, están tristes. Aunque su mirada nos dice en palabras de Ermilo Abreu Gómez: “quisiera ser el huésped de tus ojos”, no los miramos... Van por la vida con los ojos hechos de pura pregunta, y así a pregunta y pregunta se les va la vida, se les va la infancia. A veces suplican, a veces también se vuelven mendigos, a veces en la recochina vida los apachurran en una esquina. ¿Por qué no nos avergonzamos y permitimos que esto permanezca?”

Sobre el problema de la drogadicción refirió que “está en curso una epidemia de drogadicción ilícita que hasta hace 20 años era un problema incipiente en los adolescentes y adultos jóvenes. Desde finales del Siglo xx que ahora afecta a 5 millones por lo menos.”

“México tiene muchos niños, más del 30 por ciento de la población es menor de 15 años. No somos un país pobre, por el contrario, podríamos ser muy ricos si damos valor agregado a nuestro tesoro demográfico mediante educación, nutrición, salud y un ambiente que haga de la niñez una edad de alegría y paz, juegos, aprendizaje y crecimiento y un futuro forjado con el espíritu de armonía y cooperación.”

En una entrevista realizada hace algún tiempo, en sus oficinas del Centro Médico Nacional Siglo XXI, el doctor Jesús Kumate, portando su bata blanca de médico siempre activo, charló con quien suscribe sobre su vida y su trabajo en la ciencia médica.

“Otro angelito al cielo”

–Usted nació en Mazatlán, Sinaloa. ¿Cómo fue su infancia en esas tierras del norte? ¿Qué recuerdos tiene de su padre que era originario de Japón y de su madre, que era de Sinaloa?

Mi infancia es la correspondiente a la de un niño de clase media baja en un estado agrícola. De aquellos tiempos recuerdo dos cosas, primero, México sufrió una crisis económica muy fuerte en los años 30, como resultado del crack financiero de Wall Street de 1928-1929, entonces fue una época de recesión que influyó en los negocios de mi familia y recuerdo muy vagamente, que mi padre que era comerciante y ayudaba a sus parientes en Japón, dio créditos que no fueron pagados por sus acreedores, entonces tuvo que cambiar de giro y se fue a vivir a un rancho cercano a Mazatlán, que está a 30 kilómetros

y se llama El Recodo, un pueblo de menos de mil habitantes, en donde siguió trabajando en el comercio y en algunos aspectos de la agricultura.

Yo asistí a la escuela primaria de Mazatlán, pero iba de vacaciones a ese rancho. Mi infancia no tuvo mayor interés fuera de vivir en un puerto a la orilla del mar, de nadar en el río del rancho, de tener la vida normal de provincia. Mazatlán solo tenía comunicación en ese tiempo por tren, no había carretera hacia el centro de la República ni hacia el norte, de manera que el medio de transporte era el ferrocarril, claro había avión que cuando mucho tenía cuatro plazas y era muy caro, no era comercial, ¡ni pensar en vuelos en avión!...

Así es hasta la primaria, porque yo hago la secundaria y la preparatoria en la Escuela Preparatoria de Mazatlán (1935-1940), donde obtuve el grado de Bachiller en Ciencias Biológicas. El recuerdo que tengo sobre todo, al ver la vida actualmente es que por ejemplo, en el año de 1940, nos graduamos de bachilleres en la ciudad de Mazatlán, solamente diez alumnos en una población de 40 mil habitantes, para darle una idea de cómo ha cambiado México.



Jorge López

De mi infancia también recuerdo, sobre todo el rancho El Recodo, al cual iba en vacaciones de verano, que todos los días veía entierros de niños que morían y decía la gente del rancho: “¡Mira, ahí va un angelito al cielo...! ¡Imagínese la elevadísima tasa de mortalidad que había en México en aquellos tiempos! ¡Más de la mitad de las defunciones en un año, a nivel nacional, eran de niños menores de cinco años!...

—¿Qué edad tendría Jesús Kumate niño, cuando veía esas imágenes?

Pues tendría entre nueve y quince años cuando iba yo a El Recodo. Yo vivía con mis tías en Mazatlán, mis padres estaban en ese rancho y me daba cuenta de cuál era la situación de México en ese momento a nivel sanitario y por supuesto de todas las enfermedades que ahora son desconocidas: la tosferina, el paludismo, la parasitosis y la disentería. México era un país donde la infraestructura sanitaria era realmente muy deficiente.

Recuerdo que llamaba uno la atención porque mi hermano y yo usábamos zapatos, la gente usaba huaraches o andaba descalza. Entonces nos decían al vernos: ¡Miren, ahí va un enzapatado!, estoy hablando de los años 30, es decir, hace más de 60 años, pero así era México en el puerto, que era muy activo comercialmente con llegadas de barco del extranjero, con movimiento comercial, de manera que eso visto en comparación con otras zonas de México, ¡imagínese como estarían en Chiapas y en Oaxaca!...

—¿Qué le producía ver esas escenas de tantos pequeños muertos?

Pues la verdad que uno se acostumbra si no se tiene un marco de referencia. Yo no salí de Mazatlán los primeros 16 años de mi vida, y pensaba que eso sucedía porque así es y así tenía que ser, porque hace mucho calor, de manera que llueve mucho y no había aire acondicionado, por supuesto. Recuerdo que el lujo máximo era tener un abanico eléctrico, ¡ni hablar de aire acondicionado! Entonces si uno no ve otra cosa, cree que así es la vida. Es el no tener comparación con otra situación similar.

Sin embargo, yo leía en mis libros de Historia Universal que los ejércitos, al llegar el mes de diciembre, se retiraban a sus cuarteles de invierno, y pensaba: “¿por qué terminaron si iban ganando, por qué no se quedaron?, hasta que fui a Europa y conocí lo que era un invierno en esas tierras...”

—¿A usted le atrae mucho la Naturaleza?

¡Bueno, estando en Mazatlán, con esos atardeceres y el

mar, pues obviamente que sí... Las personas de costa somos naturalmente predispuestas a la belleza natural y también las bellezas femeninas de mi Estado, pues tienen fama en toda la República y uno cree que así es todo y no lo es...

Sus estudios en Mazatlán y en la Escuela Médico Militar

–¿Qué recuerda de sus estudios de secundaria y preparatoria en Mazatlán?

La verdad es que fui muy afortunado porque gocé de una educación muy elitista de grupos pequeños. En la Escuela Preparatoria de Mazatlán (1935-1940), había grandes gabinetes donde hacíamos experimentos de física en segundo de secundaria; también había un laboratorio de química donde hacíamos experimentos de oxígeno e hidrógeno; así como una imprenta, de manera que aprendí el oficio de imprenta y encuadernación.

Éramos 20 alumnos y sólo nos recibimos 10. Tuvimos excelentes clases tutoriales de un profesor involucrado con un grupo pequeño, algo que no ocurre ahora, imposible creer en aquel tiempo que un profesor no fuera a su clase. Recuerdo también que en esa escuela habían prefectos hombres y prefectos mujeres, de manera que no podíamos mezclarnos, bueno, ¡sí, –sonríe–, ahora sí que de mirada, de lejos! Recibíamos también clases de educación física muy completas todos los días, con grandes aparatos, jugábamos básquetbol, fútbol, uno aprende a nadar naturalmente en el mar, en el río... Me tocó una época donde tuvimos oportunidad de recibir una educación media extraordinaria.

–¿Cómo era la situación económica y social de México en ese tiempo?

En los años 30, la economía de México era agrícola, extractiva minera y petrolera y en esa época Sinaloa vivía una época de violencia. Después del reparto agrario en los años 30, durante la época de Lázaro Cárdenas, hubo levantamientos, hubo guerrillas de derecha en Sinaloa...

–¿Le tocó ver esos acontecimientos, doctor?

¡Sí, sí, sí, como no, sucesos que me tocaron vivir en el rancho!...

–¿Por eso decide continuar sus estudios en la Escuela Militar?

Después de 1940, al graduarme de bachiller, no tenía las posibilidades de venir a residir a la ciudad de México y estudiar en la Universidad. Yo quedé huérfano a los doce años, entonces mi única posibilidad de estudio y no porque tuviera voca-

ción por el servicio de las armas como uno dice, sino porque era la única alternativa e ingresé a la Escuela Médico Militar, de 1941 a 1946 y me recibí de Médico Cirujano Partero. Fue una escuela extraordinaria con un hospital de 700 camas, con grupos de 14 alumnos y una gran biblioteca; era una educación privilegiada en aquel tiempo y en el presente también, porque tener un grupo con 14 alumnos y sin la preocupación de pensar en dónde iba a comer, porque contaba también con un comedor, fue extraordinario.

–Doctor Jesús Kumate, ¿cuando usted viene a residir a la ciudad de México, resiente ese cambio de un lugar de provincia a un centro urbano?

Sí, fue un choque definitivamente. Yo siempre digo que me impresionaron tres cosas, primero: cuando llegué pensé: ¡Ah, esto es más grande que Mazatlán!, que era una ciudad de 40 mil habitantes, comparada a un millón, 220 mil de la capital, pues yo era el clásico payo provinciano que llega deslumbrado por la gran ciudad. La segunda es: noté que la gente es muy seria, por no decir, muy sangrona, comparativamente a la de provincia, donde uno se tutea. Y tercero: a las dos horas de andar caminando por la ciudad, vi con asombro que se había deteriorado mucho la imagen femenina, las mujeres sinaloenses son muy guapas y yo creía que así eran en todos lados, bueno si hay también hermosas capitalinas...

Una vocación: la Medicina

–¿Cómo surge su vocación por la Medicina?

La vocación es algo relativamente misterioso y espontáneo. La Medicina era mi vocación y ha sido mi vocación, entonces, estudiarla fue algo espontáneo; pude haber estudiado química, ingeniería o derecho, pero desde el principio me gustaron las ciencias naturales. ¡Quizá podía haber sido feliz estudiando historia, pero para abogado definitivamente no!...

–Además, eran las carreras que existían en aquel tiempo...

Sí, no había muchas carreras para elegir y la Medicina se me dio de forma muy natural y lo militar me gustó en el sentido de que la escuela era muy buena, tenía gran disciplina y oportunidades de desarrollo, de manera que no sufrí nada. Además, no me disgustaba el ejército y no tuve que esforzarme para ser médico militar.

–¿Empieza a ejercer desde que era estudiante, con prácticas educativas?

Bueno eso está ligado al Hospital Central Militar, espléndido hospital en aquel tiempo en México, porque era nuevo, se fundó en 1942, pero en esa época me toca la Segunda Guerra Mundial, de manera que yo serví en el ejército en tiempos de guerra...

—¿Sí, en qué tiempo doctor?

De 1942 a 1945, de hecho nos computaron doble servicio por haber servido al ejército, pero no hubo ocasión de salir a combate...

—¿Por qué razón?

Porque México sólo mandó al “Escuadrón 201” al Pacífico y nosotros éramos estudiantes, quizá nos podrían haber mandado de practicantes pero no hubo necesidad, aunque técnicamente yo tengo computado tiempo de servicio en guerra.

—¿Le hubiera gustado vivir esa experiencia?

Bueno, la idea no es que le guste a uno, simplemente como servicio de cada estudiante en esa escuela, era necesario.

Sus estudios en el Instituto Politécnico Nacional

—¿Por qué decide venir a México, a estudiar en la Escuela Nacional de Ciencias Biológicas (ENCB) del Instituto Politécnico Nacional?

Después de mis estudios en la Escuela Médico Militar que terminé en 1946, estuve año y medio en el Hospital Central Militar, haciendo un internado, lo que ahora se llama residencia, entonces a mí me tocó en ese tiempo y desde antes que me gustaran las enfermedades infecciosas y recuerdo que a mi maestro José Joaquín Izquierdo, quien impartía clases en la Escuela Médico Militar y en la ENCB, le pregunté dónde podría en México, hacer un complemento para prepararme mejor en las enfermedades infecciosas y él me dijo: “Estudia en la Escuela Nacional de Ciencias Biológicas del IPN”.

Además había un detalle práctico muy importante, yo era ya médico militar con grado mayor del Ejército y en la escuela del IPN no le cortan el pelo a los estudiantes de primer ingreso y en la Facultad de Medicina de la UNAM sí, entonces como militar pensaba: “no me van a cortar otra vez el pelo, ya me lo cortaron cuando ingresé a la Escuela Médico Militar —sonríe—, qué bueno que la mejor escuela es la ENCB, porque ahí no iban a cometer la indignidad de cortarle a uno el pelo... ¡Sí, son gente civilizada que no van a cometer la indignidad de cortar el pelo a un mayor del ejército!

—¿Es decir, fue un hecho circunstancial el que usted ingresara a la ENCB?

¡Sí, sí, sí, ayudó mucho —sonríe—, pero después me convencí al ver el curriculum de la escuela, que era incomparablemente superior a las otras instituciones de México, para preparar en bacteriología, parasitología o microbiología en general. La ENCB es una escuela espléndida, de hecho es un curriculum para investigadores, lo que pasa es que acaban en otras cosas, en un laboratorio o dando clases en una vocacional, pero la formación que da es para investigadores y así lo han demostrado muchos egresados de Ciencias Biológicas que ocupan cargos distinguidos en la industria química farmacéutica, son profesores o son investigadores.

—Usted perteneció a la primera generación de doctorado de esta escuela, bajo la dirección del doctor Carlos Casas Campillo y estudió con colegas como Jesús Guzmán, Guillermo Massieu...

También fueron mis colegas Guillermo Ruser y Guillermo Carbajal,... Yo ingreso en la ENCB en 1948 y hubiera hecho la carrera completa de QBF que es de cinco años, pero en el tercer año, en 1950, hubo una huelga que duró varios meses y pues yo ya estaba recibido, ya había hecho una residencia y dije pues no es posible, yo no sé si el año que entra va a haber otra huelga porque estaban muy revueltos los ánimos, entonces suspendí mis estudios a mediados de 1950 y tuve un periodo de otra índole de estudios más bien autodidácticos, de salidas al extranjero, hasta que se inició la División de Estudios de Posgrado de Graduados de Ciencias Biológicas en 1961 y entonces fui parte de la primera generación junto con Guillermo Carbajal, Félix Córdoba y otros.

Otra ventaja y es una de las cosas de la seriedad de Ciencias Biológicas del IPN, es que en un inicio la División de Graduados, tuvo un elenco de doctores formados en el extranjero. En otras instituciones de repente dicen vamos a hacer la División de Graduados y tal y tal, ustedes son doctores y entonces pueden formar un doctor. En la ENCB, nuestros maestros fueron politécnicos que se habían doctorado en Estados Unidos como Carlos del Río, Manuel Ortega, Mario García y doctores que se habían formado en la UNAM como Guillermo Soberón y el español Castañeda Agulló, un profesor de estadística de nombre un tanto curioso, Cuauhtémoc Krumheller, era alemán, pero su papá le puso el nombre de Cuauthémoc.

De manera que era una cosa muy seria, es decir, nuestros maestros eran doctores e iban a doctorar a unos mexicanos que queríamos serlo, esto también nos da idea de que el Instituto Politécnico Nacional es una institución que ha hecho su trabajo con mucho profesionalismo y seriedad.

Además, como ya teníamos estudios de posgrado en otras instituciones extranjeras, por ejemplo, Jesús Guzmán había hecho su maestría en Bioquímica en Wisconsin, en dos años terminamos el doctorado con tesis, otros duraron 3 ó 4 años, pero en 1963, nos graduamos Guillermo Massieu, la maestra del Castillo, quien ya murió, Jesús Guzmán y yo; otros se doctoraron en Zoología, en fin, se fue formando el grupo de graduados de Ciencias Biológicas.

-¿Me puede hablar de sus estudios de posgrado?

Yo hice un primer curso de posgrado en la Universidad de Wisconsin sobre enzimas. Posteriormente, en Tennessee, realicé estudios sobre radioisótopos y tuve estancias de cuatro meses y cursos muy dirigidos en el Walter Reed Institut of Medical Research en Washington; estuve también en Ginebra y en Dinamarca. Fui haciendo una formación académica equivalente a una maestría, así, cuando vine a estudiar el doctorado en 1961, estaba preparado para entrar a esas clases de materias.

-¿Cómo era el ambiente en el IPN en ese tiempo?

El posgrado lo realicé en la actual sede, porque yo estudié todavía en el Casco de Santo Tomás, pero esa escuela actual de Ciencias Biológicas es lo que fue el antiguo internado, es decir, cuando el Presidente Ruiz Cortines fue desalojado y ahí se cambió a la ENCB, pero no estaba diseñada para escuela, era un internado.

La escuela ha crecido, tiene edificios anexos como son los Departamentos de Bioquímica, Biología e Inmunología. Recuerdo que a la entrada hay un mural de David Alfaro Siqueiros, pero no estaba hecho para la escuela sino para el internado, entonces la experiencia que tengo del IPN, es que tiene una gran responsabilidad profesional y seriedad.

La infectología

-Doctor, ¿qué es lo fascinante de la infectología, que ha definido en gran parte su trabajo?

Bueno, son dos cosas, la primera es que en la realidad de México todavía no podemos negar que las enfermedades infecciosas tienen un peso muy alto como causa de enfermedad y de muerte, afortunadamente han ido para abajo pero no han

desaparecido, inclusive han aparecido nuevas enfermedades infecciosas como el SIDA y el cólera. Y segundo, que dentro de las enfermedades infecciosas, la parte del mecanismo, tiene que ver con la inmunidad, es decir, con las defensas, de manera que he tratado de combinar la clínica de las enfermedades infecciosas con los mecanismos defensivos, o sea, fortalecer al organismo frente a una agresión con vivencia microbiana.

-¿No es una paradoja que frente al constante desarrollo de la ciencia, la aparición del VIH y de otras enfermedades infecciosas, éstas no puedan combatirse?

No, mire, las enfermedades tradicionales van decreciendo, por ejemplo, la viruela que me tocó ver causar grandes estragos en la población cuando yo era estudiante, fue erradicada de México hace más de 50 años. La poliometitis prácticamente ya no existe; en cuanto al sarampión, ya las nuevas generaciones de médicos ni saben cómo es y mucho menos la tosferina. También el "mal del pinto", desapareció de la cuenca del Balsas y ya no hay ciegos por oncocercosis.

Lo que sucede es que la gente vive más tiempo y conforme va envejeciendo, se hace más sensible a ciertas enfermedades. También la población ha crecido notablemente y las grandes ciudades propician que exista una mayor diseminación de las enfermedades infecciosas. Y segundo, a pesar de tanto desarrollo en México, no hemos podido borrar las diferencias socioeconómicas, es decir, ¡hay unos pocos riquillos con muchos recursos y hay muchos pobres! y las enfermedades infecciosas son compañeras inseparables de la pobreza; entonces si no se llega a tener agua potable ni drenaje para todos, pues tiene que haber cólera o diarreas o amibiasis.

Si no hay una alimentación y habitación dignas de la población, tiene que existir la fiebre reumática, la tuberculosis, las enfermedades de vías respiratorias, etc. Si no se lleva un control sanitario en alimentos y bebidas, habrá diarreas, si no hay un buen manejo de la basura, no se podrá evitar el dengue y habrá una serie de enfermedades asociadas con residuos sólidos no manejados apropiadamente.

Todo esto hace que la evolución de la situación de la salud en México corresponda a lo que se llama una transición epidemiológica, es decir, si bien desaparecen algunas enfermedades infecciosas como las mencionadas anteriormente (viruela, poliometitis, sarampión), por otra parte, se empiezan a tener las enfermedades del "progreso": los accidentes, el cáncer, la

cirrosis, la hipertensión arterial, la diabetes, las enfermedades del corazón.”

–Usted tuvo mucha experiencia en el Hospital Infantil

Yo trabajé 28 años en el Hospital Infantil de México como investigador de enfermedades infecciosas, después como Jefe de Servicio en un Departamento Clínico y el último año, fui Director del Hospital. También fui profesor por 16 años en la ENCB. He combinado la asistencia clínica, la investigación de laboratorio y la docencia.

Panorama de la salud pública en México

–¿Doctor, qué es una vacuna?

Una vacuna es una imitación de la enfermedad infecciosa, es decir, una infección lo más atenuada posible que deja todas las ventajas de una infección natural, o sea, la defensa para el resto de la vida. Si un niño tiene sarampión al año o a los dos años, ya no le vuelve a dar en toda la vida, es decir, la vacuna del sarampión lo que hace es que el niño quede protegido sin padecer la enfermedad o padecerla muy atenuadamente, ésa es la gran ventaja de las vacunas.

Mi interés primordial lo constituyen las vacunas. Es una necesidad en todo el mundo y de nuestro país particularmente, inmunizar a los niños menores de cinco años contra las enfermedades de más incidencia. Esto como ideal está bien, pero no es fácil lograrlo, siempre hay efectos indeseables con las vacunas porque son enfermedades atenuadas, pero finalmente es un equivalente a la enfermedad.

La poliomelitis se ha eliminado en México desde hace más de diez años, a base de vacunas que se dan por vía oral. Por ello, a la ventaja de recibir una gotita dulce y con eso librarse de una parálisis, es algo fabuloso, sucede igual con las vacunas del sarampión, el tétanos, la tuberculosis o la difteria.

–¿Cuáles son los principales retos de salud en México?

La salud en México es de dos índoles: educativa, porque a la población todavía le falta mucho por aceptar algunas recomendaciones que le pudieran hacer llevar una vida mejor y la otra es económica. Entonces, por ejemplo, entre lo educativo, ¿por qué los mexicanos y particularmente en el Distrito Federal, nos gusta comer en la calle? –sonríe–. No es porque haya hambre porque podría uno esperarse a comer en la casa, sentado, con la esposa, comida calentita y mejor preparada y presentada, pero no, a los defeños nos gusta comer en la calle

y en condiciones y con expendedores que distan mucho de tener las condiciones higiénicas adecuadas.

Cuando yo veo que los mismos médicos del Centro Médico toman aguas frescas o comen tacos en la calle, me pregunto: ¿Cómo es posible esto?, si eso hacen los médicos que tenemos más de 20 años de educación escolar, qué se le puede pedir a la población, que no la tiene, ése es un ejemplo.

Si los mexicanos dejaran de fumar, desaparecería el 25 por ciento del cáncer. También si hiciéramos más ejercicio, no aumentaríamos de peso y si no consumiéramos tanta sal, habría la mitad de pacientes con hipertensión arterial.

Otro aspecto es el económico y no tanto para medicinas sino para infraestructura, por ejemplo; si la población contara con viviendas adecuadas, se evitarían muchas enfermedades infecciosas y si todos los niños mexicanos tuvieran acceso a un reparto de alimentos adecuado, con personas bien nutridas, desaparecerían la mitad de las enfermedades.

Otro gran problema es el envejecimiento de la población y México necesita de un gran presupuesto para hacer frente a esta situación, porque el número de viejos está quebrando al Seguro Social.

–Finalmente, ¿qué ha sido la vida para Jesús Kumate?

La vida ha sido para mí una gran oportunidad de vivir tantos años y con buena salud. A mis cerca de ochenta años no tengo más limitaciones que las del oído y la vista. He tenido grandes oportunidades a pesar de no tener una situación económica favorable, he tenido en mis tiempos pasados y aun ahora, acceso a la educación superior y al posgrado, para ir al extranjero, nunca me ha faltado el trabajo.

Tuve la suerte de encontrar una novia y ahora mi esposa, Bertha Guerra, con la que llevé más de cuarenta años de casado, no tuve hijos, pero sí, unos 4 mil estudiantes, que son realmente como hijos míos y he tenido el gran honor de ser miembro de El Colegio Nacional, ¡no más de 40 mexicanos podemos ser miembros de El Colegio!

Y también la distinción suprema de ser Secretario de Salud, ¡ah caray, si me quejara de la vida sería realmente un malagradecido! De hecho, si muriese hoy, estaría tranquilo porque no me faltaron oportunidades, sería natural y quizá alguien diga: “¡Pues ya le tocaba morir al doctor Kumate...!” –sonríe–. 🍌